
Feminismo y derecha*

María Dolores Renau

No sé si la izquierda va a ser capaz algún día de asumir el feminismo plenamente, como algo propio, definitorio de su identidad. En cambio sí sé que la derecha va a luchar activamente contra él porque teme, con razón, el potencial transformador del movimiento feminista. Tal vez reconoce en él la fuerza del mismo "ideal de igualdad" que ha sido y es el motor de las grandes transformaciones sociales en los últimos dos siglos. Un ideal que ha constituido a lo largo de la historia una de las más características señas de identidad de la izquierda.

Derecha e izquierda. La diferencia existe

Pero antes de hablar de feminismo y derecha tal vez haya que referirse a la tan discutida cuestión de la validez de la división conceptual y política que separa derecha e izquierda.

De hecho, resulta imposible pensar en la derecha sin contraponerla a la izquierda, por mucho que la derecha intente negar las diferencias y tienda a hablar de necesidades "objetivas" más allá de cualquier ideología. No existe neutralidad total en los análisis y menos en la interpretación de los fenómenos sociales ni en las soluciones propuestas. Además, la negación de las diferencias suele acompañarse del intento de negar el valor de lo político y realzar la engañosa "neutralidad ideológica" de lo técnico. El fenómeno no es nuevo, más bien al contrario, se trata de una actitud camuflada durante muchos años que ahora se expresa con descaro. Coincide ello con la desorientación de la izquier-

* Este artículo fue tomado de la revista *Leviatán* núm. 59, primavera, 1995, a la cual agradecemos su publicación.

da, con sus dificultades para adaptarse a situaciones económicas y sociales nuevas, por la pérdida de algunos de sus referentes políticos más emblemáticos y por la erosión de los valores de referencia que conlleva el uso del poder. Todo ello ha creado desconcierto, desconfianza y vacío. Un vacío que el pensamiento conservador, con gran prisa, ha llenado de declaraciones en las que decreta el final de demasiadas cosas y entre ellas la línea divisoria entre derechas e izquierdas. No es un fenómeno nuevo, repito. Confundir su destino y los intereses con el destino y los intereses de la humanidad forma parte de la más pura tradición del pensamiento conservador tal y como señala Simone de Beauvoir en un libro ya clásico, *El pensamiento político de la derecha*. Por suerte y desde hace un tiempo, algunos pensadores, con gran sentido de pedagogía política, nos vuelven a recordar la existencia de unas diferencias entre la derecha y la izquierda que siguen siendo válidas y definen, además, conceptos y prácticas que permiten identificar estas dos posturas distintas ante la vida, ante la evolución de la sociedad y ante su formulación política.

Bobbio dedica un libro entero, *Derecha e izquierda*, a recordárnoslo. Destaco algunas de sus palabras: "Mientras existan hombres cuyo empeño político es movido por un profundo sentido de insatisfacción frente a las inequidades de la sociedad contemporánea... se mantendrán vivos los ideales que han marcado desde hace más de un siglo todas las izquierdas de la historia". "El de la diferente actitud que asumen los hombres que viven en sociedad frente al ideal de la igualdad que es, junto con el de la libertad y de la paz, uno de los fines últimos que se proponen alcanzar y por los cuales están dispuestos a luchar".

Aquí vamos a reflexionar, sobre todo, acerca del "ideal de igualdad" que en su formulación concreta encierra una gran complejidad.¹ A pesar de ello, el valor otorgado a esta idea es el rasgo que más netamente diferencia derecha e izquierda. Mientras la izquierda ha hecho de este ideal el eje de su pensamiento y de su acción política, la derecha lo ha negado, a veces abiertamente, a veces en forma encubierta y otras de forma claramente violenta.

¹ Amelia Valcárcel (comp.) *El concepto de la igualdad*, Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 1994.

El avance de la igualdad a lo largo de los últimos doscientos años ha sido, por un lado, espectacular. Y por otro, ha estado plagado de retrocesos y catástrofes. Tanto Bobbio² como Hirschman³ nos señalan los enormes sacrificios que cada paso adelante en la generalización de los derechos a la igualdad ha comportado. A cada avance le sigue una fuerte resistencia por parte de aquellos que defienden sus privilegios. Algunas de estas resistencias parecen repetirse una y otra vez a lo largo de los años aunque varíen sus contenidos concretos. Simone de Beauvoir, en el mencionado libro, un clásico que mantiene en varios aspectos su vigencia, realiza una descripción detallada y apasionada del pensamiento conservador ante la “clase trabajadora” ascendente, en tanto que es protagonista del avance de la historia y en las reacciones que suscita en la derecha el partido comunista que, de acuerdo con su criterio, representa a dicha clase. Su análisis destinado a desvelar resistencias camufladas bajo formas aparentemente razonables, nos sirve todavía hoy para identificar algunas características del pensamiento de derechas cuando se enfrenta a movimientos sociales que actúan impulsados por el ideal de igualdad. Más adelante veremos qué tratamiento específico da la derecha al feminismo.

El pensamiento político de derechas parte de un “idealismo” entendido este como el olvido o negación del papel de los condicionamientos concretos o materiales, de las singularidades empíricas que definen la situación de los seres humanos. La humanidad así entendida es idealmente homogénea. Y el hombre, único, digno, igual. No niega por tanto una igualdad “esencial”, sino que defiende una igualdad idealizada que sirve para justificar todas las libertades e impedir cualquier acción compensadora. Ante las desigualdades existentes, innegables, obvias, adopta un razonamiento que las atribuye a distintas causas, que no guardan relación alguna con los condicionamientos concretos. Y para ello resulta especialmente útil el uso de algunas categorías-clave en su discurso: el concepto de “élite” contrapuesto al concepto inespecífico de “masa”, el de “hombre” (identificado con burgués) contrapuesto como ser individualizado al ser anónimo. Destaca el papel otorgado a los “valores individuales” entre los que sobresalen la inteli-

² Norberto Bobbio, *El tiempo de los derechos*, Ed. Sistema, Madrid, 1991.

³ Hirschman, *Retóricas de la intransigencia*, Fondo de Cultura Económica, México.

gencia y el esfuerzo. Y a la vez pone el acento en la "natural" distribución de dones y, por ello, de tareas, que tiende a mantener cierto carácter "inmutable" propio de toda "naturaleza". Junto a todo ello, las explicaciones que da la derecha clásica al fenómeno de los movimientos reivindicativos y de los avances hacia la igualdad están cargados de "psicologismo"; la envidia, por ejemplo, está en la raíz de la reivindicación de la igualdad, el resentimiento mueve a las conciencias individuales, etcétera. Todo ello se completa con una triste concepción del ser humano que se mueve tan sólo por motivos de ambición, rapiña, etcétera. Y la política, como actividad destinada a ordenar las voracidades colectivas, responde al más estricto concepto maquiavélico del manejo de los asuntos colectivos. Y de acuerdo con una visión universalizadora del discurso, los intereses de la derecha son los intereses de todos.

Estos rasgos que ofrezco aquí de una forma simplificada corresponden a un análisis realizado hace ya cuarenta años. Pero creo que en lo esencial continúan siendo válidos para la derecha más radical. Sin embargo, no siempre la derecha explicita su pensamiento más crudo. A veces porque no le hace falta, ya que se apoya sobre "el poder" (*tout court*). Su fuerza se centra en la continuidad de lo que ya existe, se basa en "conservar". Tal como lo afirmaba Jules Romain, "ser de derechas es temer por todo lo que existe" y "a menudo confundiendo su destino con el de toda la tierra, la burguesía empieza a profetizar negros apocalípsis cuando ve amenazados sus privilegios". Otras veces la derecha conservadora no explicita sus propios presupuestos porque teme que la conciencia de los ciudadanos sobre sus propios derechos no soporte la crudeza de sus planteamientos ni las consecuencias lógicas de su ideología sobre temas espinosos que afectan directamente a las personas. Y ahí elude pronunciarse. Mientras, se dedica a explotar los sentimientos humanos básicos, a azuzar miedos, exaltar pertenencias, acentuar clichés disgregadores que hayan tanta mayor complicidad cuanto menos nítidas son las propuestas de la izquierda solidaria. La extrema derecha es la gran maestra en el manejo de los miedos. Ante esta situación la izquierda no tiene una tarea fácil. Su destino es el de conquistar nuevos espacios de libertad, romper moldes, profundizar en la libertad, generalizar la igualdad, expandir la justicia. Trabaja siempre en la frontera, en los límites de lo "instituido". Debe elaborar discursos nuevos, elaborar praxis distintas para modificar lo existente, abrir procesos instituyentes, construir sobre pactos nunca definitivamente conso-

lidades. Y con ello, justificar, ofrecer razones, construir un discurso “activo” que avanza a veces sobre el vacío, que corre el riesgo de volver atrás y entroncar otra vez con lo conservador, presente en cualquier punto de la vida social, personal, política. Aquello que pre-existe al discurso innovador.

El feminismo y la izquierda

El feminismo se nutre de los planteamientos y de las políticas de izquierda. Cualquier propuesta, programa o gobierno que tenga entre sus objetivos una mejor redistribución de los bienes económicos y culturales, que tienda a generalizar la igualdad, beneficia a la mujer en la medida en que ésta parte de una situación de desigualdad y discriminación. Cualquier modelo que generalice prestaciones sociales tiende a beneficiarlas a ellas que han sido siempre ciudadanas de segunda. Los gobiernos de izquierdas han hecho avanzar la igualdad entre los sexos. Lo han hecho “indirectamente”, de una forma general. Y también de una forma “específica” al buscar la igualdad de oportunidades en los ámbitos educativos, laborales, solidarios, etcétera, mediante la creación de instituciones o servicios dedicados exclusivamente a la mujer, o mediante las “acciones positivas”. Pero estas acciones siempre tienen un carácter de “Anexo”, de algo que se suma a lo básico. Porque lo que no se ha logrado es que al movimiento feminista y a la especificidad de su discurso se le atribuya categoría “política”, se le reconozca su lugar entre los movimientos que marcan la dinámica colectiva, y que sus valores se conviertan en prioridades. La izquierda puede haber “amparado” al feminismo, pero casi nunca ha dialogado con él, ni mucho menos lo ha incorporado a sus señas de identidad.

El feminismo, tanto en su vertiente de movimiento social profundo que empieza a explicitarse desde la *Ilustración*, como en su vertiente de pensamiento, ha sido considerado, o mejor, desconsiderado, por los pensadores y los actores políticos como algo ajeno, distinto y —por lo menos hasta hace bien poco— algo irrelevante para la izquierda. Este hecho puede sorprendernos si consideramos que el feminismo se nutre de la misma fuerza que ha impulsado las grandes transformaciones en pro de la igualdad que forman parte de los movimientos de liberación de los humanos y que por ello debería ocupar un lugar de honor en el pensamiento de izquierdas. Recordemos en este sentido el hecho

paradigmático de la lucha por el derecho al voto femenino. Nadie puede negar su aportación a la universalización de un derecho fundamental. Gracias a la lucha de las propias mujeres, se logró dar un salto cualitativo y cuantitativo básico para la democracia, que se hizo más justa y representativa. Lo que se le niega al feminismo, al reducir sus avances a una estricta cuestión que atañe sólo a las mujeres (aunque esas constituyan la mitad de la humanidad), lo que ocurre cuando se le atribuye un carácter anecdótico que en nada cambia el curso de la historia, es que se le niega su carácter de "generalidad", su carácter "humano", su carácter "político". Al igual que lo ha hecho históricamente el pensamiento conservador que confunde su interés con los intereses universales, que identifica lo humano con la burguesía, la izquierda tiende a seguir pensando lo "humano" como "masculino". Inconscientemente lo humano se identifica con lo que piensan, generan o afectan los varones. En este sentido parece que la izquierda sigue pensando con algunas categorías de derechas.

¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Por qué los hacedores de pensamiento y de práctica política de izquierdas han tenido auténticas dificultades para considerar al feminismo como un movimiento emancipador y otorgarle por ello un valor de progreso en tanto que forma básica de lucha por el ideal de la igualdad? ¿Por qué el feminismo entendido como movimiento o como construcción teórica ha seguido una vía paralela, a veces, enfrentada al pensamiento político de izquierdas, entendido éste como la formulación de una opción emancipadora e igualitaria?

Algunas pensadoras se han preguntado con acierto esos porqués y han realizado en los últimos años lúcidos análisis sobre la identificación entre poder político y patriarcado.⁴ Otras han abierto una importante reflexión histórica sobre los componentes de nuestra cultura desde una óptica antropológica y han analizado una organización social, la nuestra, fundada en un único modelo familiar desigual en su propia estructura y en unas formas de producción que segregan las actividades según el sexo. Constatan que a pesar de los avances legislativos estas realidades siguen dividiendo a los ciudadanos en distintas categorías según el sexo. En estos últimos años se está reconstruyendo la

⁴ Celia Amorós, "Poder político y patriarcado", en *El concepto de igualdad*, op. cit.

historia de las mujeres para rescatarlas del olvido y del silencio de las ciencias históricas. Se ha abierto una nueva perspectiva que abarca, en estos momentos, tanto a las ciencias como a las artes y la literatura. La perspectiva de "género" que aplicada a diversas disciplinas permite cierta reinterpretación de la realidad; se está convirtiendo en un analizador que cuestiona muchos de los "pre-supuestos" sobre los que se basa nuestra cultura. Tal vez todo ello permita ir iluminando fenómenos tan arraigados como incomprensibles, tanto el abandono en que la izquierda ha tenido al feminismo, como el de las actitudes y reacciones conservadoras que, en lo que atañe a la mujer, laten en el pensamiento de la izquierda. Actitudes, formas de pensar, lenguajes que no aparecen en las declaraciones oficiales ni en los programas, pero que sí se manifiestan abiertamente en la comunicación informal, en las manifestaciones de la vida diaria, en los olvidos y ausencias, en las formas de entender y manejar el poder, en la ridiculización fácil, en el uso y abuso de la mujer como moneda de cambio para la transacción política entre poderes masculinos.

Tampoco es éste un fenómeno nuevo. Sólo hay que leer con detenimiento lo que Ortega y Gasset escribe sobre *Ideas y Creencias*.⁵ Sin entrar a analizar el contenido de las mismas, el filósofo distingue claramente dos tipos de ideas: unas son las que se tienen como resultado de la propia vida, que operan ya en nuestro fondo antes de empezar a pensar en algo y que el llama "creencias". En ellas se está, subyacen a lo que se da por descontado, y no se formulan, sólo se alude a ellas, son la base de la propia vida. Otras son las ideas que el hombre "construye", a las que llega tras una tarea de razonamiento y que existen tan sólo en la medida en que son "pensadas". Ortega señala la constraposición que existe entre pensar en una cosa y contar con ella. Sirva esta referencia para ejemplificar, aunque sea en parte, el porqué de la larga marginación de las mujeres de la vida social. Desde la óptica que aquí nos ocupa, sirve para aproximarnos al porqué de una tal contradicción, de una tal negación del papel liberados del feminismo por parte de la izquierda.

Todo apunta a la existencia de algo profundamente arraigado, algo estructural en nuestro mundo, que funciona con la fuerza y la ceguera de lo inconsciente colectivo y que condiciona tanto a la derecha como a

⁵ José Ortega y Gasset, *Ideas y Creencias*, Ed. Espasa Calpe.

la izquierda. Sólo la voluntad explícita de extraer, de identificar, de reconocer estos rasgos culturales comunes, la voluntad de pensarlos, tomarlos en consideración y darles la palabra, puede evitar las inercias propias de unas ideas tan arraigadas como fuertes. Y eso sólo puede y debe hacerlo la izquierda que tiene detrás una larga experiencia en abrir espacios nuevos y reconsiderar pre-supuestos tan antiguos y variados como la propia historia.

Y debe hacerlo porque la nuestra es una sociedad integrada en la que todos sus miembros parecen respirar un parecido aire cultural dentro del que se producen corrientes de intercomunicación profundas. Sólo la acción voluntaria, explícita, la acción y el pensamiento liberador la hacen avanzar y evolucionar de tal manera que lo "dado" en una generación corresponde, a veces, a lo "pensado" o querido explícitamente en la anterior. Así ocurre actualmente en nuestra "democracia". Para las nuevas generaciones es algo que se da por hecho, es algo con lo que se cuenta, es una creencia en la que están. Para los que lucharon por ella, la democracia era una "idea" en el sentido orteguiano de la palabra. Tuvieron que construir sus intereses y actuar abiertamente para lograrla. Es fundamental por lo tanto visualizar los propios condicionamientos sociales, observar las creencias profundas, tomarlas en cuenta. Tal vez así la izquierda pueda iniciar un nuevo proceso que le permita identificar los puntos comunes que el feminismo mantiene con los presupuestos liberadores que han constituido sus señas de identidad.

Mantener al feminismo al margen del pensamiento político de izquierdas tiene consecuencias. El no reconocimiento, la no aceptación profunda de los presupuestos feministas debilita a la propia izquierda que orilla un potencial renovador que le pertenece, que puede fecundar su pensamiento y animar su acción. Por otra parte debilita al feminismo, que puede verse abocado a seguir en la marginalidad, a elaborar en solitario un pensamiento aislado, de tipo reivindicativo y fragmentario que todavía hoy muestra gran dificultad para trabajar desde una perspectiva generalizadora. No es bueno para la sociedad porque permite que, en lo que atañe a la mujer siga perviviendo el pensamiento de derechas y que esté a sus anchas aún dentro de las formaciones de izquierda, que manifiestan extrañas afinidades conservadoras a través de lo que se da por "descontado", de aquello opaco a la propia vista. Con todo ello y sin quererlo la izquierda contribuye, o por lo menos no impide, la perturbación de los mensajes conservadores en lo que atañe

a la mujer, y a todo lo que ella sustenta y representa en la vida social, a todos aquellos aspectos de la vida colectiva que giran alrededor de las actividades de las mujeres y que se expresan prioritariamente en la vida cotidiana (familia, infancia, horarios, barrios) y son el objeto de las políticas "micro".

La derecha y el feminismo

Ahí está el pensamiento político de la derecha, tal y como lo hemos descrito en la primera parte de este trabajo. Ante el avance del feminismo tan contundente en los países occidentales desde los años sesenta, la derecha se ha expresado de diversas maneras.

En primer lugar, al negar la existencia de la desigualdad por razones reales y optar por la no interferencia del Estado en la redistribución de la riqueza, ha prolongado y agravado las situaciones de desigualdad allí donde ha gobernado en el más puro estilo neo-liberal. La situación de las mujeres ha seguido siendo de supeditación. Y el pensamiento feminista, marginal y ridiculizado. Pero también es cierto que en muchos países y gracias a muchos años de aplicación de políticas socialdemócratas se han logrado cotas de igualdad impensables hace cuarenta años, antes de que el mal llamado "Estado de bienestar" generalizara prestaciones básicas para todos y terminara con el desigual acceso a la educación, a la sanidad y a la atención social de las mujeres. La generalización de los derechos, sobre todo de aquellos llamados de la tercera generación, los derechos sociales, ha permitido consolidar unos mínimos que no parecen cuestionables desde el punto de vista legal. En estos casos, los argumentos de derecha ante el feminismo presentan caracteres sutiles e indirectos, o no se explicitan. Se visten de defensa a ultranza de los valores de un único modelo de familia, de la exaltación esencialista y mística de la diferencia, de psicologismos basados en la "naturaleza" femenina, o en la bien escasa voluntad de la mujer para acceder a determinadas tareas.

Pero esta derecha "civilizada" muestra abiertamente su verdadero rostro cuando se trata de poner en marcha medidas concretas que permitan seguir avanzando en el camino de la igualdad. Y vuelve a aparecer el pensamiento conservador más puro. Porque ignorando los condicionamientos sociales y basándose en una "igualdad" ideal y esencial, no ven motivos para apoyar medidas activas que permitan tratar

de forma compensatoria aquello que está en situación de inferioridad. Y con esta lógica suprimen, cuando gobiernan, servicios y prestaciones dirigidos a la mujer, abandonan las políticas activas, retiran ayudas a colectivos específicos. Siguen justificando las diferencias, a menudo innegables, entre la posición social y económica de los hombres y las mujeres mediante la teoría del mérito individual. Ejemplifican la posibilidad de acceder a todos los puestos, a todas las actividades, cuando la mujer está “preparada” para ello, cuando “vale”. Un análisis pormenorizado de las condiciones sociales y económicas de las que “valen” o “están preparadas” pone de manifiesto el peso real de los condicionamientos en la formación, las posibilidades económicas y culturales, la dedicación, etcétera, elementos indispensables para acceder a determinados puestos y que le son negados a una gran mayoría de mujeres. Un elemento tan real y operante como la disponibilidad y el uso del tiempo da la medida exacta de la diferencia entre hombre y mujer. Junto a ello los programas políticos de las formaciones de derecha suelen abogar, ante la evidente desigualdad, por reconocer el papel del ama de casa, valorar infinitamente su sujeción al servicio de la familia, y propiciar una política natalista.

Todo ello evidentemente destinado a mantener la división del trabajo y consolidar un modelo de familia que conlleva la desigualdad en su mismo seno. Y ahí sus razones entroncan con el pensamiento conservador más clásico y general; o bien justifican la desigualdad o niegan la desigualdad real en función de una igualdad abstracta, ideal. Al negar la necesidad de intervenir —en nombre de la libertad y de la igualdad— para compensar desigualdades, está actuando como un antifeminismo difuso.

Hay más, sin embargo. Existe de forma latente en nuestras sociedades y abiertamente en algunos países un tipo de pensamiento de derechas mucho más beligerante y peligroso que los descritos hasta aquí, un antifeminismo “salvaje”, que puede llegar a manifestarse abierta y violentamente en contra de los procesos de libertad y de igualdad de la mujer. Los recientes asesinatos en Argelia, de estudiantes, de mujeres que hacen uso de derechos como personas, son ejemplos estremecedores del nexo que existe entre los fundamentalismos, la sujeción de la mujer y la violencia. Todo fundamento quiere fijar las identidades en modelos que se apoyan sobre la explotación de la mujer, la división del trabajo y un modelo de familia desigual. Se funda el

integrismo sobre razones étnicas, de supremacía racial —como ocurrió con el nazismo—, o sobre principios religiosos, como el fundamentalismo islámico; la mujer resulta ser una pieza básica en el proceso de inmovilización, de detención de los cambios sociales, de lucha contra la modernidad. Sujetarla a ella es garantizar una forma de organización social que debe mantenerse ajustada a unos principios inmóviles porque la liberación de la mujer cuestiona siempre las formas pre-existentes de organización social, dado el papel nuclear que juega en ella toda forma de vida social. La discriminación de la mujer responde a una cuestión estructural. El integrismo en todas sus formas se ceba siempre en ella por esta misma razón. Es éste un antifeminismo militante.

En nuestras latitudes los mensajes fundamentalistas nos llegan de manos de la cúpula de la Iglesia católica que abiertamente sitúa la “esencia” de la mujer en aquellas funciones más directamente relacionadas con la procreación y la familia, y quiere inmovilizarla en ellas. A la vez que proclama la dignidad y libertad de la mujer, sitúa la esencia de esta dignidad en un único papel que le impide el ejercicio de la libertad. Niega cualquier posibilidad de realización de los afectos y de la sexualidad que no estén directa o ineluctablemente destinados a la procreación, dentro de una familia que es para toda la vida y que exalta el sacrificio de la mujer. Niega el derecho de la mujer a planificar embarazos y el de la pareja a controlar la natalidad. Por mucho que exalte luego, que mitifique lo femenino como algo sublime, niega toda la posibilidad “real” de emancipación e igualdad de oportunidades. Existe un enorme miedo a la libertad de la mujer, en definitiva. Pero el mensaje que expresa la cúpula católica es integrista no sólo por su contenido sino por estar dirigido no sólo a los católicos sino a todos los ciudadanos. Y por invadir, en nombre de la religión, ámbitos propios del poder civil, como el ámbito legislativo, en el que se permite cuestionar leyes democráticamente votadas. Es integrista porque no respeta los espacios de laicidad como característica de un Estado moderno.

Ante los retos que se avecinan, estas dos formas de entender la igualdad y de buscar los medios para avanzar van a seguir expresándose de forma más o menos abierta. Ante la situación de paro, la escasez de puestos de trabajo —y éste es tan sólo un ejemplo—, algunas voces piden ya el regreso de las mujeres al hogar y lo proclaman recordando los males que acarrea el trabajo de la mujer, el abandono de los hijos, los divorcios, etcétera. Esta es una propuesta que puede llegar a

tentar, en momentos de apuro, incluso a la propia izquierda, que debe tener claro que la lucha por el ideal de la igualdad es una de sus señas de identidad también en el mundo del trabajo. Pero creo que cualquier intento en este sentido encontrará y debe encontrar fuertes resistencias. En primer lugar la de las propias mujeres a las que la misma izquierda ha facilitado una mejor educación y también en los colectivos más lúcidos de la propia izquierda.

Para que esto sea así y no resulte fácil regresar a las posturas conservadoras, hay que otorgar al feminismo un alto valor político, extraer su potencial liberador, sentarlo a la mesa del pensamiento y la reflexión, dejarle estructurar estrategias de avance social. Obligarle a decir cómo debe ser la política. En definitiva, la izquierda debe asumir el feminismo como algo propio. De otra manera el pensamiento conservador, apoyándose en la flaqueza de la izquierda y en sus valores cuestionados, va a seguir su avance imparable. Toda la sociedad pierde con ello.